

Significado del culto al Sagrado Corazón de Jesús y fundamentación doctrinal

Este culto es el acto de religión por excelencia, esto es, una plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado. Es igualmente claro que este culto exige que nuestro amor corresponda al Amor divino, sometidos completamente al dominio de Dios.

A continuación, consideraremos los principios doctrinales que explican la naturaleza y esencia íntima del culto al Corazón de Jesús y las gracias que de él se derivan. Estudiaremos, para ello, Sagrada Escritura (AT y NT) y a los Santos Padres y Doctores de la Iglesia.

El Antiguo y el Nuevo Testamento describen la caridad infinita de Dios hacia el género humano. Aunque es cierto que ninguno de los dos libros hace una mención clara a este culto, no podemos dudar en modo alguno que el amor de Dios a nosotros —razón principal de este culto— es proclamado e inculcado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento con imágenes que conmueven nuestros corazones.

Basándonos en el A y NT, decimos que al SCJ se le tributa un culto de latría (que es el que se le rinde a Dios con exclusividad), por dos motivos:

1) El primero se funda en el hecho de que su Corazón, por ser la parte más noble de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios, y, por consiguiente, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del Hijo Encarnado. Esta es una verdad de la fe católica, solemnemente definida en el Concilio Ecuménico de Éfeso y en el II de Constantinopla.

2) El otro motivo es que su Corazón, más que ningún otro miembro de su Cuerpo, es un signo o símbolo natural de su inmensa caridad hacia el género humano. «Es innata al Sagrado Corazón la cualidad de ser símbolo e imagen expresiva de la infinita caridad de Jesucristo, que nos incita a devolverle amor por amor». (León XIII).

En el AT recordamos la alianza establecida entre Dios y el pueblo elegido, cuyo respeto por parte de los israelitas no se basaba en el temor de la venganza, los truenos o relámpagos del Sinaí, sino en el amor debido a Dios: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás, pues al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que hoy te mando estarán en tu corazón» (*Dt* 6, 4-6).

Este amor de Dios tantas veces ultrajado por repetidas infidelidades del pueblo de Israel, nunca llegará a ser repudiado definitivamente por Dios, constituyéndose, así, en el prelude de la encendida caridad que el Redentor mostrará a todos con su amantísimo Corazón a través de su muerte en la cruz.

La Nueva Alianza estipulada entre Dios y la humanidad es la que realizó el Verbo Encarnado y es comparablemente más noble y más sólida que al anterior porque, a diferencia de ella, no fue sancionada con sangre de animales, sin con la sangre sacrosanta de Jesucristo, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

La redención divina es un misterio de amor pero no solo espiritual, dado que el Verbo de Dios tomó un cuerpo real. Luego, si no hay duda alguna de que Jesús poseía un verdadero cuerpo humano, dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que predomina el amor, también es igualmente verdad que estuvo provisto de un corazón físico, en todo semejante al nuestro, puesto que, sin esta parte tan noble del cuerpo, no puede haber vida humana, y menos afectos. Por consiguiente, no hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpité de amor y de todo otro afecto sensible.

En este sentido, los Santos Padres, testigos verídicos de la doctrina revelada, entendieron muy bien lo que ya el apóstol san Pablo había claramente significado, a saber, que el misterio del amor divino es como el principio y el coronamiento de la obra de la Encarnación y Redención. En sus escritos San Justino, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y San Juan Damasceno prueban abundantemente que Jesucristo estuvo sujeto a los sentimientos y afectos humanos y que por eso, precisamente, tomó la naturaleza humana para procurarnos la salvación.

Contemplación del amor del Corazón de Jesús

La implicación que el Corazón de nuestro Salvador Jesucristo tuvo en su vida afectiva divina y humana durante su vida mortal es inmensa. Podemos decir que la Virgen María pronunció su Fiat, y el aliento de vida del Señor comenzó a palpar. Después siguió latiendo en la casa de Nazaret mientras mantenía celestiales coloquios con sus padres, en su continuo peregrinar apostólico, cuando realizaba innumerables milagros, cuando resucitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría trabajos, soportaba el sudor, hambre y sed; en las prolongadas vigiliadas nocturnas pasadas en oración ante su Padre amantísimo; cuando daba enseñanzas o proponía y explicaba parábolas... En todo momento palpitaba el amor de su Corazón.

¿Qué motivos han llevado a Jesús a darnos su Sagrado Corazón? Sólo motivos de amor. Solo hay que ver cómo se dignó manifestarse a su devota santa Margarita, herido por la lanza, coronado de espinas, con la Cruz clavada en su pecho. Esas son las insignias del Sagrado Corazón; su escudo de armas. Se diría que para eso vino al mundo: para padecer.